

¿Democracia en duda?

EDUARDO A. BOHORQUEZ

Hay un riesgo tenaz en las construcciones del intelecto humano: al buscar la terrenalización de sus abstracciones, los pensadores olvidan por momentos el carácter íntimo de la naturaleza y preservan la línea recta como propósito último, como opción definitiva del intelecto para resolver una realidad tanto más llena de trazos curvados e, incluso, extensamente torcida. La democracia, por ejemplo, se concibe hoy como sinónimo del máximo de capacidad gubernamental y como tal, establece una serie de requisitos prácticos que, al generalizarse en un conjunto numeroso de países, fortalecen la hegemonía, acaso global, de dicha forma de gobierno. Dentro de este marco referencial, parecer una democracia, asumir su imagen lineal, resulta de mayor importancia que consolidarla o acercarse al buen gobierno. La democracia abandona entonces la asunción de un modelo que procura la correspondencia entre las *prácticas* y los *propósitos* nacionales, para colocarse en un extremo de su carácter *poliárquico*; a saber, el cumplimiento de aquellos procedimientos por los que una democracia puede concebirse como tal, al tiempo que se garantice la participación en el creciente —y no menos incierto— club de las democracias de la *tercera ola*.

Con ello podemos postular que la extensión de gobiernos de corte democrático no necesariamente refleja —esto puede ser incluso una verdad de perogrullo— el grado de satisfacción de los habitantes respecto a sus gobiernos y a los propósitos nacionales que éstos siguen: se abre con ello la natural tensión entre definir una forma de gobierno y ejercerla satisfactoriamente. La democracia, o sus practicantes, entran de nuevo a una dimensión donde no basta ser preferida por muchos, sino que éstos permitan su permanencia por la confianza en sus instituciones y, evidentemente, en la formas cotidianas de la democracia política. Más allá de la hegemonía, la profundidad en la discusión sobre los gobiernos democráticos no puede darse sin incluir una revisión de los alcances teóricos y prácticos de dicho régimen político, para después abordar el tema de sus resultados.

Democracia entre dos siglos

El debate de la democracia fini o neosecular probablemente tendrá que abandonar el cómodo resguardo de su ideología global para entrar en el problema de la satisfacción ciudadana, de la eficiencia de sus canales de comunicación con la sociedad o en la dinámica de sus resultados económicos. Una vez más, la democracia tendrá que enfrentar una profunda disección de sus virtudes como régimen político, además de resistir los posibles embates de sociedades políticas basadas en principios intermedios (los llamados autoritarismos ligeros) pero con notables resultados económicos. De la misma forma, los gobiernos democráticos deberán preguntarse sobre el peso específico de su desempeño económico o la legitimidad que los procesos electorales les conceden. Democracias nuevas y antiguas se verán en el predicamento político de explicar a dónde conduce la democracia, la importancia de sus acciones gubernamentales y si el desencanto social hacia la vida pública tiene o no pertinencia.

Así, los numerosos arribos a sociedades democráticas ejemplificarán un doble dilema: por un lado, la consolidación de una nueva cultura política e institucional y, simultáneamente, la aguda crítica a las *instituciones* democráticas, los *gobiernos* democráticos y la *democracia prescriptiva*. Lo que significa una tarea que, paradójicamente, coloca al gobierno en la necesidad de distinguir entre sus errores y las fallas de una forma de gobierno, encarando con ello la opinión de un creciente número de ciudadanos que rechazan la participación en política a través de las instituciones, al tiempo que encuentran canales alternativos —desde la exigencia a través de los medios de comunicación hasta los atentados terroristas— donde la insuficiencia gubernamental se confunde con las discapacidades de la vida institucional en las democracias.

Como complemento a este panorama, las democracias antiguas enfrentan ya el dilema de *sostener* dicha forma de gobierno. Aún sin la confrontación directa de los *partidos antisistema* (en particular los comunistas) y de los países con lo que se suponía era una democracia *superior—socialista—* las democracias consolidadas enfrentarán insatisfacciones sociales, aunque distintas a las de los países del Sur. En tanto que estos últimos no consiguen subsanar la crudeza social de su debilidad económica, la consolidación de un Estado de derecho más o menos generalizado y la penosa marcha de sus derechos políticos —razones suficientes para procurar la democratización de sus sistemas—, los ciudadanos de las democracias antiguas descubren que no basta tener servicios de seguridad social universales, ni tarifas hacendarias enormes y, hasta llegan al punto de discutir la prudencia de que todos los ciudadanos sean capaces de poseer uno o dos autos.

Simultáneamente, los ciudadanos de tales democracias cuentan con amplia experiencia frente a la forma en que los distintos grupos políticos trabajan, evidenciando lo que para algunos es el síntoma central de las formas de hacer política: *todos los políticos son iguales*. Corrupción y demagogia colman las estructuras políticas al grado del desencanto. Así, tras haber suprimido el matiz de la orientación ideológica de los partidos (mediante el recurso de una o varias *alternancias* de gobierno), las sociedades podrían optar por formas nuevas de hacer política, y no todas caben dentro de la democracia.

El círculo crítico es cerrado por un caso peculiar, las antiguas economías de planificación centralizada. Corolario de un proceso inaudito de transformación sociopolítica, la llegada de la democracia a los países del bloque soviético ha puesto en duda las multitudes virtudes del mundo democrático y el rumbo de las reformas liberalizantes. Más que frustración por la fragilidad de las nuevas economías capitalistas, los niveles de descontrol social e inestabilidad parecen mellar el optimismo ciudadano. Frente al discurso panegírico de la democracia liberal, surge la inevitable pregunta sobre las constantes del viejo autoritarismo: han arribado nuevas formas para seguir comprando en el "mercado negro", y los nuevos demócratas lo saben. Una vez más, el concepto Zhirinowsky no es la principal amenaza a una forma de gobierno de 2,600 años.

Control y estabilidad: ¿urgencia democrática?

El término "dictadura" describía de forma genérica las distintas experiencias autoritarias, recuperando la representación lingüística de la concentración de poder, la rigidez en la forma de dirigir —gobernar— a un Estado y, finalmente, la tradición griega de suponer una degeneración de otras formas de gobierno mucho más eficientes. Su contraparte, la democracia (en su carácter moderno), recuperaba los reclamos por estabilizar el conflicto

social, mediante el diseño y aplicación de un conjunto de principios de mecánica pública que partían de la regla de la mayoría para llegar a la reciente concesión del voto universal y los derechos cívicos. Pero ante todo, la idea democrática representaba una forma de gobierno que podría garantizar el bien común por conducto de la voluntad general.

Control y estabilidad representaban valores centrales en el mantenimiento de dicha forma gubernativa. Cuando éstos menguaban, eran las voces de la "cordura y el orden" quienes entraban en escena, vía las experiencias autoritarias, con el fin de subsanar lo que ellos consideraban excesos democráticos. De esta forma, el control de la relación sociedad-gobierno (governabilidad) condicionaba la permanencia de una democracia, aún por encima de los beneficios probables de la misma relación (buen gobierno). Esta regla, sin embargo, también se mantenía para los autoritarismos. Cuando los costos de permanencia en el poder resultaron demasiado altos (y "demasiado" siempre representaba un altísimo número de desapariciones y represión), las dictaduras se ubicaron en medio de severas crisis que condicionaban procesos democratizantes. De cualquier forma, las democracias nunca pudieron garantizar un reemplazo tan ágil como el de los gobiernos autoritarios. Ante la contundencia del golpe de Estado, la construcción democrática depende de acuerdos, prácticas y valores políticos que implican procesos de largo plazo y que son fácilmente reversibles.

Los próximos años no contarán con la garantía de la estabilidad. Por el contrario, las democracias jóvenes y antiguas enfrentarán retos que ponen en juego la idea de su *normalidad*; es decir, la constante renovación de las élites políticas mediante procesos electorales transparentes y discusiones legislativas a través de las cuales quedarían resueltos los posibles conflictos de intereses. En realidad, las democracias contarán con la crítica pertinaz hacia sus gobiernos (provenientes de los distintos espectros ideológicos) y sería en extremo prudente considerar si éstos podrían asegurar su existencia recurriendo sólo a la legitimidad de un conjunto de procedimientos. Las ideologías podrían haberse rebasado, pero es un hecho que la democracia enfrentaría riesgos altísimos si no recupera una amplia discusión sobre sus objetivos históricos, su razón de ser en el horizonte. El desencanto de la política podría ser una peligrosa tendencia alternativa. Y sus resultados no son siempre enriquecedores.